

## Prólogo

La idea de escribir este libro surgió apenas había terminado el anterior, *Instrucciones para la derrota*, casi como si fuera su prolongación, pero pronto siguió su propio camino. Como suele ocurrir, la idea inicial sufrió cambios y detenciones, mis intereses se enfocaron más en ciertos aspectos que en otros y el proyecto se fue modificando. Sin embargo, se ha mantenido el hilo conductor que une mis trabajos y que refleja la continuidad de ciertas preocupaciones críticas.

Esta línea de continuidad se basa en la importancia que tiene para mí, en el estudio de la literatura, la articulación con lo político; sin duda, esto es resultado de un espacio y un tiempo histórico en el que me tocó nacer y vivir. Más allá de las circunstancias que me llevaron a trabajar y desarrollar mi carrera en otras latitudes, siempre he pensado y sentido *desde el sur*; es imposible para mí otra manera de estar en el mundo, otra manera de considerar la crítica, de orientar el trabajo intelectual. En consecuencia, desde mi primer libro –dedicado al análisis del género testimonial en Rodolfo Walsh– hasta el último, centrado en la representación del perdedor político en la narrativa de los últimos cincuenta años, las cuestiones de ética y política, en un principio, y de estética y política, a continuación, han sido centrales para analizar los textos literarios. La articulación entre estos términos acabó por imponer la presencia de la violencia como un pivote central en la reflexión, quizá porque en estos tiempos –o quizá en casi todos los tiempos– la política ha estado unida a ella.

Parte de este libro se escribió y se terminó durante la cuarentena provocada por la pandemia de 2020 y 2021. La tragedia vivida

en ese tiempo de algún modo impregnó la escritura y revisión de algunos capítulos. El constante bombardeo de noticias, la notable cantidad de ensayos que filósofos, críticos e intelectuales de los más variados tipos se apresuraron a publicar en ese período –en la mayoría de los casos sin mucha reflexión, pero con gran ansiedad por figurar en los medios–, además de la incertidumbre y precariedad en que se hundió nuestra vida, han influido necesariamente en la escritura, en especial de los capítulos I y III. No se sale indemne del miedo, la nostalgia por la vida perdida y los afectos distantes a los que no sabemos si volveremos a ver. Y, sobre todo, no se sale bien librada de la violencia, la estupidez, la ignorancia, la ausencia de empatía, el egoísmo y la avaricia que parte de los humanos mostró en estos tiempos. De algún modo, ese “ruido” cuestionó a veces el sentido y la función de este trabajo centrado en algo que de repente se volvía trivial, incluso fútil: literatura y política; ¿a quién puede interesar debatir el tema y ocuparse de ficciones en la mayoría de los casos poco accesibles y distantes de los intereses inmediatos del momento? Fue necesario retornar a los “viejos objetivos”, a las convicciones sobre el valor de la crítica como medio para estudiar la literatura, no solo como un fenómeno estético aislado, autónomo, sino como maneras de representar, de dar versiones de lo real, que nos permiten comprender, recordar, analizar mejor nuestro mundo.

El libro tiene como eje vertebral la literatura y, a la vez, está atravesado por la inquietud, la incertidumbre de un presente que carga pasados oscuros y no vislumbra demasiado el futuro. En este sentido, la escritura final fue casi un acto de fe, un intento de persistencia a pesar de que los indicios exteriores amenazaban cualquier convicción. Persistir contra viento y marea en aquello que fue por años una pasión a la que se apostó y cuyo sentido estaba fuera de dudas sostuvo gran parte de este trabajo. Sin creer necesariamente en su importancia para influir o cambiar un presente desolador, me inclino por escuchar a autores como Said, Chomsky o Brecht, convencida de que los intelectuales, los que nos dedicamos a estudiar el arte, y la literatura en particular, contamos con este espacio para reflexionar, imaginar, resistir, abrir caminos en

las propias vidas y las ajenas. Leer, reflexionar desde y con la literatura, escribir algunas páginas con la ilusión de que sean útiles y generar esa misma pasión en otros es lo que ocupa nuestro tiempo. No se puede renunciar a esa esperanza en tiempos en que parecen tambalear todas nuestras convicciones y creencias.

Quisiera señalar también que el presente libro fue tomando forma y desarrollándose gracias al debate y el intercambio de ideas con colegas imprescindibles, en primer lugar, con el grupo de la Red Vyrat. A lo largo de estos años, los encuentros, coloquios, congresos, antologías que fuimos organizando me ayudaron a pensar, me dieron ideas, me estimularon, constituyeron, en suma, un entorno profesional que no es muy frecuente encontrar. A Brigitte Adriaensen, Teresa Basile, Geneviève Fabry, Valeria Grinberg Pla, Ilse Logie y Lucero de Vivanco, mi primer agradecimiento. Asimismo, Ivette Hernández-Torres y Luis Avilés, con los que compartí muchos años de trabajo en la Universidad de California-Irvine, me proporcionaron un sostén intelectual y personal imposible de medir o reconocer debidamente.

Como siempre, desde mis primeros trabajos, mi hijo César colaboró y aportó, tanto en cuestiones profesionales como afectivas, un apoyo invaluable. Como siempre, también, contar con él fue determinante para continuar en los duros momentos vividos.

Buenos Aires, mayo de 2021

